

## La ceguera idealista de Frege: un examen de la filosofía del lenguaje a partir de *Las verdades evidentes* de Michel Pêcheux

A cegueira idealista de Frege: um exame da filosofia da linguagem a partir de *Semântica e Discurso: uma crítica à afirmação do óbvio* de Michel Pêcheux

Andrés Oliva

Universidad Nacional de La Plata

### Andrés Oliva

es Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de la Plata. Se encuentra actualmente cursando el Doctorado en Filosofía por esa misma universidad, con una beca otorgada por el Centro de Investigación y Transferencia Santa Cruz. En su investigación aborda temas de historia de la filosofía contemporánea, centrándose en la obra de Ludwig Wittgenstein y de Louis Althusser. ORCID: 0000-0002-7011-1633

Recebido em:  
07/11/2022

Aceito em:  
16/12/2022

MAI / JUL 2023  
ISSN 2317-9945 (ON-LINE)  
ISSN 0103-6858  
P. 383-397

### RESUMEN

El objetivo del presente trabajo es explorar el trasfondo filosófico del concepto pecheutiano de *sentido y formación* discursiva a partir del libro *Las verdades evidentes* (LVE). Esta obra representa un momento intermedio en la obra de Pêcheux, en el que los lineamientos principales del análisis del discurso automático propuesto unos años antes son sometidos a revisión. Nuestro interés radica en que en esta obra Pêcheux ofrece un punto de vista panorámico sobre las filosofías del lenguaje clásicas, como las de Port Royal, Frege y Husserl, lo cual permite ubicar ambos conceptos en el campo filosófico antes que en el lingüístico; un panorama que en trabajos anteriores, como en *Hacia el análisis del discurso automático*, se restringía a teorías lingüísticas. Nos centraremos en la lectura pecheutiana de la filosofía del lenguaje de Frege, correspondiente a la segunda parte de LVE (“De la filosofía del lenguaje a la teoría del discurso”), para precisar lo que Pêcheux llama “el punto ciego de Frege”, que ilustra muy bien la crítica general pecheutiana al idealismo de las filosofías del lenguaje.

Palabras clave: Análisis automático del discurso. Lingüística. Materialismo. Contextos opacos. Formación discursiva e ideológica. Interdiscurso.

### PALABRAS CLAVE

Análisis automático del discurso. Lingüística. Materialismo. Contextos opacos. Formación discursiva e ideológica. Interdiscurso.

### RESUMO

O objetivo deste trabalho é explorar o contexto filosófico do conceito de Pêcheux de sentido e formação discursiva com base no livro *Las verdades evidentes* (LVE). Este trabalho representa um momento intermediário no trabalho de Pêcheux, no qual as principais linhas da análise automática do discurso proposta alguns anos antes são sujeitas à revisão. O nosso interes-

se reside no fato de nesta obra Pêcheux oferecer uma visão panorâmica das filosofias clássicas da língua, tais como as de Port Royal, Frege e Husserl, o que nos permite localizar ambos os conceitos no campo filosófico e não no campo linguístico; uma visão que em trabalhos anteriores, tais como *Hacia un análisis automático del discurso*, se restringia às teorias linguísticas. Vamos concentrar-nos na leitura de Pêcheux da filosofia da linguagem de Frege, correspondente à segunda parte de LVE (“Da filosofia da linguagem à teoria do discurso”), a fim de esclarecer o que Pêcheux chama de “ponto cego de Frege”, o que ilustra muito bem a crítica geral de Pêcheux ao idealismo das filosofias da linguagem.

## PALAVRAS-CHAVE

Análise automática do discurso. Linguística. Materialismo. Contextos opacos. Formação discursiva e ideológica. Interdiscurso.

## 1. Introducción: el síntoma de la filosofía del lenguaje

En su libro *Las verdades evidentes* (en adelante, LVE), Michel Pêcheux esboza un diagnóstico sobre la filosofía del lenguaje del siglo XX similar al ofrecido por Foucault en *Las palabras y las cosas* (en adelante, LPC). La lingüística en el siglo XIX se termina de convertir en una ciencia bajo la condición de abandonar una parte esencial de lo que era el *trivium* medieval. En el esquema de saber configurado en la Edad Media, la gramática, la retórica y la lógica configuraban un tridente indivisible que permitía pensar en el conjunto de las ciencias del lenguaje como la ciencia del *sentido*. El epítome de esta manera de organizar el “saber sobre la lengua” es la gramática de Port Royal. A partir del siglo XIX, y a partir de importantes avances técnicos en la historia de la disciplina, los lingüistas abandonan la tarea de esclarecer qué es el sentido para enfocarse en el tipo de cuestiones lógico-gramaticales del lenguaje que dieron origen, por ejemplo, a la hipótesis Sapir Whorf o a la conjetura del idioma hindoeuropeo: aquello que Saussure llamaría la *lengua*. Pero al hacer esta división de tareas, la lingüística deja un espacio vacío en el esquema general del saber que exige ser completado de nuevo por Saussure en el concepto del *habla*. En LPC, Foucault frecuentemente describe este repliegue de la lingüística a su fortaleza lógico-gramatical como una oportunidad (o una condena) para el campo de la literatura y la crítica literaria, y como la apertura del (no) espacio del loco en las sociedades capitalistas.

Pêcheux, en cambio, ve ese espacio vacío como el lugar sobre el cual la filosofía va a desarrollar una nueva discusión teórica de largo alcance. Para él, la *expulsión del sentido* del campo científico de la lingüística provoca un “trauma” en las ciencias del lenguaje que puede leerse en clave psicoanalítica: el trauma sufrido por el lingüista que *reprime* una parte esencial de (lo que era) su ciencia. Pero el esquema de los saberes sufre de *horror vacui*, y la pregunta por el sentido se repite en la historia del saber, no ya como objeto de la ciencia de la lengua, sino como una reflexión filosófica acerca del lenguaje. La filosofía del siglo XX se ocupa entonces de la tarea que habían abandonado los lingüistas: la de elucidar la naturaleza del *sentido*. Es en el marco de esa tarea que se despliegan las dos grandes posiciones que intentan dar cuenta de la semántica en los términos de una “teoría universal de las ideas”: el empirismo lógico típico del Círculo de Viena, y

el racionalismo crítico popperiano. Esta dicotomía es ideológica<sup>1</sup>, en tanto ambos polos son, en el fondo, complementarios y no opuestos: se trata de un *síntoma* causado por la unidad perdida de la lingüística, que ambos polos quieren *repetir*. Pêcheux plantea la necesidad de ocupar el terreno de la semántica con una teoría materialista del sentido, donde ya se dirimen las batallas ideológicas de las filosofías idealistas, en la forma de un gran encuentro interdisciplinario que tendrá “algo que decir” sobre la naturaleza del significado: filosofía, lingüística y psicoanálisis.

Ahora bien, si la semántica puede ser un nudo interdisciplinario es porque, en realidad, se basa en una pregunta mal formulada y en una imagen idealista ingenua de la naturaleza del sentido. La tarea que propone Pêcheux para su intervención filosófica es reencauzar la pregunta. La pregunta pertinente que hay que hacer al sentido es por su naturaleza *material*: ¿cómo se *produce* el sentido, como llega un significado a ser “obvio” para un “sujeto”? Esto es lo que lo lleva a realizar una lectura propia de los desarrollos de la filosofía del lenguaje clásica, como Frege, para ver en qué punto de la reflexión filosófica acerca del lenguaje el esquema idealista toma las riendas del asunto.

## 2. El “mérito materialista” del concepto fregueano de *senti-* *do*

Este diagnóstico general de la situación de la filosofía del lenguaje permite a Pêcheux hacer un descubrimiento interesante: lo que llama el *materialismo espontáneo* de Frege al distinguir entre *sentido* y *referencia* en su famoso ensayo de 1892. Pêcheux entiende el concepto de sentido como una oportunidad para pensar en la *eficacia material de lo imaginario*. Esto alcanza para distinguir claramente a Frege de las dos vertientes posteriores que se hacen con el control de la filosofía del lenguaje: el empirismo lógico y el racionalismo crítico, que para Pêcheux no son más que prolongaciones de una forma idealista de teorizar sobre el “lenguaje”. Lo que caracteriza a esta forma idealista es una tesis que, a su vez, el corazón del proyecto logicista: la tesis de que la lógica puede convertirse en un lenguaje natural común a todos los discursos, tanto científicos como naturales, alimentada por la idea de que es posible “mapear” todas las posibilidades del pensamiento, una apuesta que puede rastrearse fácilmente hasta la *lingua característica* de Leibniz. Una vez que se ha dominado el problema de las posibilidades del pensamiento (a través de un sistema lógico, como las *Principia Mathematica*) el siguiente problema será la adecuación de ese pensamiento al objeto.

Pêcheux sugiere que es por esto que las filosofías idealistas como las de Russell, el primer Wittgenstein o Carnap enfatizan el problema general de la referencia y del fundamento (empírico o racional) del significado; un problema al cual la filosofía del atomismo lógico da una solución característica. La nota disonante fregueana es producto de una intuición, una “molestia” que asoma cuando está produciendo su distinción, y que compe-

te a la relación entre sentidos y pensamientos. Para Frege, el *sentido* de una oración es un aspecto autónomo, independiente de las determinaciones de la referencia (como la existencia o no del objeto nombrado) y a la vez, como veremos, del pensamiento mismo (al punto que el sentido, para Frege, puede *afectar* al pensamiento). Si no fuera autónomo, el sentido debería ser estudiado como parte de una investigación psicológica, y todas las ciencias serían en definitiva partes de la psicología, lo cual debe evitarse (este punto es el aporte específico del antipsicologismo fregueano). Pero debido al carácter espontáneo y no reflexivo del descubrimiento, esa distinción se convertirá en el origen de un obstáculo epistemológico que acompañará también a los filósofos que lo siguieron.

## 2.1. El pensamiento y el problema de las subordinadas

Describamos primero el problema de manera general. En *Sobre sentido y referencia* (2017), Frege se pregunta por la relación entre el objeto y el nombre. Lo que le interesa como lógico es la identificación total del objeto con su “modo de presentarse”: podríamos decir, la identidad de la extensión de un nombre con su intensión. Distingue entonces entre la referencia de un nombre propio, que es el objeto mismo, y el “modo de presentación” de ese objeto en el lenguaje, que se llamará el sentido. Pero si le interesa este problema es porque esa identificación no siempre se da de manera mecánica: no todos sabemos que “el lucero del alba” y “el lucero vespertino” tienen la misma referencia. El sentido de un nombre propio, por lo tanto, es el “modo de presentar” la referencia, específico o propio del lenguaje – que no debe confundirse tampoco con la representación subjetiva que una persona se hace al escuchar o leer una palabra.

Ahora bien, cuando pasamos a analizar oraciones completas, el sentido se identifica en un principio con el pensamiento expresado en la oración, mientras que la referencia es el valor de verdad de esa oración:

Ahora preguntamos por el sentido y la referencia de una oración asertiva completa. Una oración de este tipo contiene un pensamiento (*Gedanke*). ¿Hay que entender este pensamiento como su sentido o su referencia? [...] Alguien que no supiera que el lucero de la tarde es el lucero de la mañana, podría sostener que uno de los pensamientos es verdadero y el otro falso. El pensamiento, en consecuencia, no puede ser la referencia de la oración, más bien habrá que entenderlo como su sentido. (FREGE, 2017, pp. 53-54)<sup>2</sup>

Esta identificación entre pensamiento y sentido es lo que lleva a Frege a preguntarse por casos no tan claros conocidos en la literatura como “contextos opacos”; y es en este examen que se encontrará con las dificultades que interesan a Pêcheux. El caso específico de algunas oraciones subordinadas presenta a Frege dos fenómenos semánticos en los que reconocerá un desfasaje entre el *sentido* de una oración y (lo que él llama) el *pensamiento* que ella expresa. En los dos casos la solución de Frege es señalar una ilusión o engaño del lenguaje, una especie de distorsión producida por el lenguaje en el dominio del pensamiento, como explicación del desajuste.

2 En otro artículo de la misma época (“El pensamiento, una investigación lógica”), Frege sostiene la misma idea acerca de la relación entre sentido y pensamiento (FREGE, 2017).

## 2.2. Las subordinadas determinativas

En primer lugar, al analizar las subordinadas adjetivas o determinativas Frege se topa fortuitamente con lo que Paul Henry (1992) llamará lo *preconstituido del discurso*: en este caso, la suposición, en toda afirmación, de que existe aquello de lo que se afirma algo. En la oración “El que descubrió la órbita elíptica de los planetas murió en la miseria”, el funcionamiento puramente gramatical del lenguaje podría describirse como un pensamiento de esta manera: “se dice de *alguien* que murió *de una manera* determinada”. Pero si analizamos el *pensamiento* detrás de la oración, dice Frege, nos encontramos allí con *otro elemento*, que no parece desprenderse del puro sentido expresado: la suposición de que “el que descubrió ...” *designa a alguien*, a saber, a Kepler. Este elemento adicional parece desprenderse de la oración: sin embargo, Frege va a descartar la posibilidad que esa presuposición existencial sea parte del sentido expresado por el enunciado, argumentando que presuponer la existencia de lo designado es una condición lógica tanto de una oración como de su contraria: ambas presuponen que el nombre “Kepler” *designa* algo. Por esta razón no la considera como “parte” del sentido expresado por la afirmación: más bien entiende que es la marca de un desfase entre una dimensión *lingüística* y una dimensión *lógica* o propia del pensamiento que genera, en el uso del lenguaje, una *ilusión*. La designación lingüística es distinta que la existencia del objeto designado; pero *simula* ser una afirmación existencial en el pensamiento: si bien el sentido no “contiene en sí” la afirmación existencial, la *produce* en el pensamiento.

## 2.3. Las subordinadas explicativas

En segundo lugar, Frege identifica otro grupo problemático de proposiciones para la teoría del sentido en las subordinadas explicativas. La conexión de una oración con otra parece suscitar otros pensamientos distintos a aquel que está siendo efectivamente expresado por el sentido, pensamientos concomitantes que nos llevan a establecer una relación de sentido entre la principal y la subordinada. El ejemplo es: “Napoleón, quien reconoció el peligro para su flanco derecho, condujo personalmente su guardia contra la posición enemiga”. Podemos reconocer allí dos pensamientos expresados: “Napoleón reconoció el peligro”, y “Napoleón condujo personalmente el ataque”. Pero esta oración produce un efecto de sentido que no está expresado: la idea de que existe una *relación causal* entre subordinada y principal. El problema se resuelve negando que la relación causal sea parte del sentido expresado por la oración, ya que de otro modo, “tendríamos más pensamientos simples que oraciones” (F., 2017, p 74). Frege indica entonces que esos pensamientos concomitantes provienen de “leyes psicológicas de asociación”, pero que no pueden considerarse como parte del sentido de la oración. Nuevamente tenemos una explicación en términos de una ilusión producida por un sentido sobre el pensamiento.

## 3. El límite del materialismo fregueano y el análisis auto-

## mático del discurso

Llegamos entonces al núcleo de la crítica de Pêcheux: Frege no comprende cabalmente la naturaleza de esa “ilusión existencial” y de esos “pensamientos concomitantes”, y en consecuencia explica ambos fenómenos a través de la tesis de que *el lenguaje (el sentido) puede engañar al pensamiento*. El error se debe a que el pensamiento es considerado a un mismo tiempo como objeto lógico y como objeto de un proceso subjetivo, interno, asociado a lo psicológico. El pensamiento considerado de forma lógica (por ejemplo, en la teoría del silogismo) debe entenderse como el dominio del sentido: aquello que no es sistematizable (como esas “leyes de asociación”) pertenece al terreno de la psicología, de la poesía y de la ficción. El problema del sentido lingüístico consiste precisamente en “provocar” al pensamiento para que desborde esos límites, a través de la ambigüedad inconsciente del sentido de un enunciado, en el mejor de los casos, o de usos irresponsables o inescrupulosos, en el peor. En el terreno teórico, sin embargo, Frege ha conseguido independizar una dimensión lógica (semántica) del campo de la psicología, generando una distinción (sentido y referencia) que representa un avance para el punto de vista de una teoría materialista del sentido, ya que permite pensar en la *eficacia material de lo imaginario* (PÊCHEUX, 2016, p. 112) y en una teoría del discurso como la que interesa a Pêcheux.

Con el objeto de reencauzar la pregunta por el sentido, Pêcheux reelabora las dificultades que representan las oraciones subordinadas en los términos de su propia teoría lingüística, el AAD. En principio, el error de Frege es concebir la dimensión del sentido como el correlato de un pensamiento no limitado por nada: el espacio de una teoría universal de las ideas. Considera al pensamiento como un espacio único de pura interioridad, que se relaciona con un exterior ajeno o inalcanzable (una posición filosófica clásica kantiana). En este orden de cosas, para Frege el problema principal reside en asegurar la *objetividad del pensamiento*, es decir, en establecer la relación “adecuada” o “correcta” del pensamiento con su exterior, representada por el objeto (la referencia). La formulación lingüística de este problema se traduce en el problema de asegurar la estabilidad referencial, es decir, en determinar *por fuera de toda duda* la referencia; y el principal escollo para esa estabilidad la constituye la ambigüedad del sentido. Una observación de Pêcheux mientras comenta el análisis fregueano de la frase de Kepler puede ayudarnos en este punto:

La afirmación, en cuanto tal, concierne a las condiciones materiales en las cuales dicho Kepler terminó su existencia, en otras palabras, una realidad que no tiene mucho que ver con el descubrimiento de las leyes del movimiento de los planetas... excepto, claro está, para una perspectiva religiosa o moral en la cual la miseria es la contrapartida del genio, la sanción del conocimiento concebido como una transgresión ([...] en este último caso [...] estaría perfectamente dotada de sentido). Pero es ostensible que Frege no tiene intención alguna de aludir a la existencia de *alguna clase de relación de sentido* entre las dos partes de la frase que considera. Él solamente está interesado en la *relación formal* que existe entre la “proposición total” (el pensamiento) y la subordinada que allí se inscribe, en tanto objeto de pensamiento (PÊCHEUX, 2016, p. 95).

Este comentario es iluminador por dos razones. En primer lugar, cons-

tituye un ejemplo claro de la forma en la que el sentido un enunciado se inscribe en una estructura, que llamaremos *la formación discursiva*, que lo excede. La miseria de los últimos años de Kepler sería, en el contexto del discurso religioso, una “sanción” que le corresponde por violar los secretos de la naturaleza. La formación discursiva da soporte a ese matiz interpretativo, que “aflore” entonces en el sentido mismo del enunciado, y *se presenta como evidente* para quien, participando de ese discurso, escucha o pronuncia la frase. En segundo lugar, la explicación de por qué Frege no presta atención a este tipo de fenómenos es una buena ilustración de cómo hace pie la crítica general de Pêcheux a las filosofías del lenguaje idealistas: Frege no advierte la importancia de ese “trasfondo” religioso posible, porque está interesado sólo en el aspecto formal *de la relación de un pensamiento con el sentido*, y el problema se le presenta entonces como el problema de asegurar la referencia: ¿cómo asegurar que la frase subordinada indica, realmente, a Kepler y a ningún otro? El problema de la estabilidad referencial aparece así como el correlato del problema de la objetividad de los conocimientos.

Pêcheux señala, entonces, que lo que debemos hacer para reparar esta desviación idealista es volver a plantear la cuestión de la naturaleza material de aquello que Frege considera como “afectado por un índice de irrealidad” (y que por lo tanto concibe como necesitado de una revisión objetiva): *el carácter material del concepto de sentido*. Todo *discurso con sentido* tiene una causa material, para Pêcheux, porque la producción de todo discurso (la enunciación, la posibilidad de participar en un discurso) es un proceso material concreto, y como tal, está sobredeterminada por las condiciones sociales de producción. En este caso, las condiciones de producción *discursivas* determinan el alcance de aquello que se puede decir, las metáforas válidas e inválidas, las sinonimias posibles, etc: todo el conjunto de “efectos de sentido” que se presentan como *evidencias* para el hablante, y que constituyen lo que Pêcheux llama *dominios de sentido*: una “tabla” o sistema de equivalencias semánticas entre elementos (lexemas) semánticamente neutros. El conjunto de los dominios de sentido puestos en juego en un discurso por un hablante en un tiempo determinado constituye *la formación discursiva*.

En todo momento existen distintas formaciones discursivas que cohabitan en una misma formación ideológica: el conjunto de relaciones que se dan entre ellas es lo que Pêcheux llama *interdiscurso*, un concepto cuya definición no se aleja demasiado de la ofrecida por Maingueneau (2005; cf especialmente pp. 273-5). La innovación respecto a este concepto radica en que Pêcheux concibe al interdiscurso como un “todo complejo-con-dominante”: el conjunto de las relaciones entre formaciones discursivas presentes en una coyuntura dada, atravesadas por una jerarquía que afecta a la manera en que se relacionan entre sí. Esta jerarquía es posible porque una formación discursiva *representa* a su vez una formación ideológica, que establece posiciones sociales dentro de una coyuntura y en un momento histórico específico de la lucha de clases.

Podríamos aventurarnos a pensar otros ejemplos: el término “sangre” en “la sangre de Cristo” no significa lo mismo en el discurso médico y en discurso religioso: decimos que tienen distintos sentidos en distintas

formaciones discursivas. En el primer caso, podríamos decir que estamos hablando de la muestra de sangre de un paciente llamado Cristo; en el segundo caso, debemos entender que hablamos metafóricamente del vino transmutado en la sangre de Jesucristo. Ambos dominios de sentido establecen distintos sentidos para los mismos lexemas; pero lo importante es notar que esa eficacia para establecer el sentido depende de dos prácticas concretas: una consulta médica o una ceremonia religiosa. El sacerdote no puede hacer la transmutación sin el contexto de la ceremonia, así como el médico no puede referirse a la sangre de un paciente sin mediar una extracción material de esa sangre (que, incidentalmente, habilita a su vez la sinonimia entre “sangre” y “muestra” en ese contexto). Tampoco podemos decir que se “equivoca” al llamar al vino “sangre de Cristo”; ni tampoco que el médico piensa que la muestra de sangre es, en realidad, vino. El sentido cambia en cada caso, pero no de forma arbitraria sino regido por la legalidad de una formación discursiva. A su vez, la formación ideológica que sobredetermina la formación discursiva se hace presente en las relaciones sociales que implican la subordinación del paciente al médico en el discurso terapéutico, o del creyente al sacerdote en el discurso religioso.

Aunque la manera en la que se “corresponden” la formación discursiva e ideológica no es clara, podemos afirmar que una tesis mínima de Pêcheux es que la constitución de un individuo en hablante de un discurso es similar a la interpelación ideológica althusseriana: “los individuos son interpelados en sujetos hablantes (en sujetos de su discurso) por las formaciones discursivas que representan “en el lenguaje” las formaciones ideológicas que les corresponden” (PECHEUX, 2016, p. 143). En consecuencia, el sujeto hablante, como el sujeto ideológico, es incapaz de advertir su dependencia respecto del proceso discursivo, y se representa a sí mismo *como si* fuera el origen de ese discurso; a su vez, el sentido aparece *como si* fuera una pura creación del sujeto, que asocia mecánicamente sentidos a lexemas; en ambos casos, la regla del *como si* aparece fundamentada en una interioridad pura, el pensamiento. La síntesis de Maingueneau sobre el sistema del AAD (a pesar de que se refiere a una versión anterior de la teoría pecheutiana<sup>3</sup>) puede ayudarnos a terminar de expresar este punto y enlazarlo con el concepto de sentido que interesa a Pêcheux:

Una secuencia, un enunciado, no tiene “sentido” para el sujeto sino en la medida en que la concibe como perteneciente a tal o cual formación discursiva, *pero* ese mismo sujeto rechaza esa idea para sustituirla por la ilusión de que él está en el origen del sentido. No es posible analizar el sentido de una secuencia si no se tiene en cuenta la formación discursiva a la que pertenece (las formaciones discursivas son los componentes de una formación ideológica determinada, articulada sobre condiciones de producción particulares). [...] El sujeto no produce sentido libremente gracias a una combinación de unidades de la lengua dotadas de una significación

---

3 En la primera formulación de su teoría (*Hacia un análisis automático del discurso*, 1972), Pêcheux tiene una postura más reformista que en LVE, y consideraba que podía adaptarse el esquema tradicional de la comunicación lingüística de Jakobson para incorporar este punto de vista de descentramiento del sujeto derivado de las tesis althusserianas (PÊCHUEUX, 1972, pp. 48-50). Abandona este camino porque considera que corre el riesgo de derivar en una teoría sociolingüística indeseable: deberíamos hablar así de la formación discursiva propia del proletariado, o de la burguesía, lo cual nos llevaría a una especie de affaire Lyssenko en lingüística (como sucedía, por ejemplo, con la sociolingüística soviética de Nicholas Marr).



estable y evidente, sino que está dominado por la formación discursiva en la que se inscribe su discurso (MAINGUENEAU, 1989, pp. 95-96; énfasis nuestro).

El sujeto hablante se encuentra entonces frente a dos evidencias que le habilitan a participar del proceso discursivo: la evidencia de que él mismo es un sujeto hablante, el sujeto de su discurso; y la evidencia del sentido, que es un efecto estructural del interdiscurso. En la imagen clásica de la filosofía del lenguaje, y en especial en Frege, ambas evidencias se presentarían como producto de la praxis propia de cada sujeto, el producto de una interioridad pura (el pensamiento) de la cual sólo haría falta derivar las reglas fundamentales para determinar la asociación de un mismo sentido a un mismo lexema. En la perspectiva pecheutiana, en cambio, la legalidad subyacente al sentido (lo que permite que una palabra tenga distintos sentidos en distintos contextos) está determinada en última instancia por la configuración de relaciones sociales existentes en una sociedad, que están expresadas en el interdiscurso, y que hacen posible que la semántica tenga un efecto material específico.

A partir de estos elementos, Pêcheux reconstruye los dos fenómenos problemáticos respecto de las subordinadas en el trabajo de Frege. La propuesta intenta dar cuenta de ambos en términos discursivos, sin apelar a la relación del sujeto con su interioridad. Para ello recurre a los conceptos de *incrustación del nombre* y de *efecto de sostén*.

### 3.1. Incrustación del nombre

En el primer caso, la presuposición existencial es el efecto producido por la inserción del hablante en un discurso que está, siempre, fundamentado en otro discurso. Si para Frege la relación sintáctica de “designación” inducía al pensamiento a suponer que el enunciado afirmaba la propiedad de “existencia”, la perspectiva pecheutiana señala que no se trata de un fenómeno sintáctico, sino semántico, originado por la intersección entre dos dominios de sentido en el marco del interdiscurso:

En esta perspectiva, la “ilusión” de la que habla Frege no es el puro y simple efecto de un fenómeno sintáctico que constituiría una imperfección del lenguaje: el fenómeno sintáctico de la relativa determinativa es, por el contrario, la condición formal de un efecto de sentido cuya causa material reside en realidad, en la relación asimétrica con desfase entre dos “dominios de pensamiento”, de manera tal que un elemento de uno irrumpe en un elemento del otro bajo la forma de aquello que hemos denominado “preconstruido”, es decir, *como si ese elemento ya se encontrara allí*. Precisemos que al hablar de “dominios de pensamiento” no queremos designar contenidos de pensamiento exteriores al lenguaje, que se encontrarían en el lenguaje con otros contenidos del pensamiento; en realidad, todo “contenido de pensamiento” existe en el lenguaje, bajo la forma de lo discursivo. (PÊCHEUX, 2016, p. 96)

Frege identificaba la designación sintáctica en la subordinada determinativa como una condición formal del lenguaje, que a su vez provoca una ilusión. Desde el punto de vista de Pêcheux, la designación es, también, una condición formal; pero de un tipo muy distinto. Lo que asegura formalmente la designación no es ya la estabilidad de la referencia (Kepler), sino un *efecto de sentido* que consiste en sugerir que el referente del enunciado

ya se encontraba allí al momento de la enunciación. Pêcheux apela aquí a la distinción sugerida por Paul Henry entre lo preconstruido, aquello “que remite a una construcción anterior, en todo caso independiente, en oposición a lo que es “construido” por el enunciado” (PÊCHEUX, 2016, p. 96). Ahora bien, aquello que aparece como preconstruido en el enunciado, el “contenido [preconstruido] de pensamiento” (i.e. la suposición de que Kepler existe) no puede ser una “creación” del pensamiento, ya que (como expresamente observa Pêcheux) todo contenido de pensamiento existe bajo la forma de lo discursivo. El contenido de pensamiento (es decir, el dominio de sentido específico) al que refiere la relativa es en consecuencia un (otro) discurso, sobre el fondo del cual el enunciado adquiere su sentido pleno. Ese otro discurso representa un *segundo dominio de sentido* que se relaciona de forma asimétrica con el enunciado presente, ya que este lo *presupone*. La misteriosa “relación asimétrica con desfase” a la que alude Pêcheux se resume en esta *presuposición*: la de que existe un dominio del cual “Kepler” es un elemento que tiene sentido, y la subordinación del dominio actual a éste. Y teniendo en cuenta que solo es posible establecer un dominio de sentido en el marco de una formación discursiva, y que en este caso tenemos dos dominios de sentido (el nombre de Kepler en el enunciado, y el relato histórico acerca de Kepler), el efecto de la relativa determinativa no es indicar la existencia del *objeto* nombrado (en cuyo caso sí estaría “tendiéndole una trampa” al pensamiento, como interpreta Frege) sino indicar la existencia de una relación entre dos dominios de sentido, esto es, *asegurar la inscripción del enunciado en un discurso anterior*: en este caso, el discurso relevante sobre la personalidad de Kepler. En otras palabras: la subordinada cumple aquí la función de presuponer la existencia, no de un *hombre* llamado Kepler (el problema de la estabilidad referencial de Frege), sino de la *historia de un hombre* llamado Kepler. La subordinada *incrusta* el enunciado en un discurso anterior que aporta los elementos a partir de los cuales debe pensarse el enunciado: “Se trata, en suma, del efecto ligado a la incrustación sintáctica” (PÊCHEUX, 2016, p. 96)<sup>4</sup>.

### 3.2. Efecto de sostén

El segundo punto problemático es el de las subordinadas explicativas que suscitan pensamientos concomitantes en virtud de asociaciones psicológicas. Un ejemplo que *no* le resulta problemático a Frege servirá para introducir el concepto de *efecto de sostén*: “El hielo, que tiene un peso específico inferior a aquel del agua, flota sobre el agua”. En este tipo de casos, el exceso de sentido puede analizarse en términos de la teoría del silogismo (PÊCHEUX, 2016, p. 105) ante lo cual queda claro el carácter de “apoyo” que la premisa correspondiente a la subordinada:

- a) Premisa mayor: Si algo tiene un peso específico inferior al del agua,

---

4 En *Hacia un análisis automático del discurso*, Pêcheux expresa esta idea con más claridad: “En otras palabras, el proceso discursivo no tiene principio: el discurso se sostiene siempre sobre algo previamente discursivo, que desempeña el papel de materia prima, y el orador sabe que cuando evoca un acontecimiento que ha sido objeto de un discurso, resucita en la mente de sus oyentes el discurso en el que se alegaba este suceso, con las «deformaciones» que introduce la situación presente, y de las que puede sacar partido.” (PÊCHEUX, 1972, p. 41)

flota sobre el agua.

b) Premisa menor: El hielo tiene un peso específico inferior al del agua.

c) Conclusión: El hielo flota sobre el agua.

A partir de este análisis, queda claro que la subordinada “que tiene un peso específico menor a aquel del agua” puede reemplazarse (en la oración original) por otra oración del mismo valor de verdad *salva veritate*. Esto se debe, según Frege, a que la oración subordinada expresa un *pensamiento completo*. La proposición que expresa ese pensamiento interviene en el discurso presente como la premisa mayor del silogismo: este fenómeno de apoyo o de fundamentación del silogismo es lo que Pêcheux llama *efecto de sostén, implicación de propiedades o articulación de enunciados*:

El lector habrá reparado en que acabamos de reconstruir el mecanismo de la relativa explicativa cuya característica esencial es que constituye por sí misma lo que Frege denomina un pensamiento, es decir, un elemento saturado, por oposición a la relativa determinativa, y al correspondiente elemento de preconstruido que hemos estudiado más arriba: podemos ser más precisos y destacar que la proposición explicativa [...] interviene como soporte del pensamiento contenido en otra proposición, y esto por medio de una relación de implicación entre dos propiedades [...] Daremos el nombre de *efecto de sostén* a esta relación, para señalar que es aquella la que realiza la articulación entre las proposiciones constituyentes. [...] Por oposición al funcionamiento de lo preconstruido, la articulación de aseveraciones constituye una especie de *retorno del saber en el pensamiento*. (PÊCHEUX, 2016, pp. 105-106)

La articulación entre dos enunciados se logra por medio de una implicación de propiedades (“tener un peso específico” y “flotar sobre el agua”). La premisa mayor es una formulación de una ley científica: todo aquello que tenga un peso específico inferior al del agua, flotará”; es por ello que Pêcheux habla de un *retorno* del saber. Frege considera natural incluir este pensamiento en el desglose de los sentidos posibles del enunciado, y la subordinada en este caso no presenta problemas.

El intento de extender este análisis a otros casos no tiene tanta suerte. El ejemplo ya comentado de Napoleón obliga a Frege a formular una restricción a su análisis. El problema, para Frege, es que este enunciado hace surgir un “pensamiento concomitante” (una relación causal); y esta relación causal, que debería estar expresada según una ley general, *no aparece*, de hecho, entre los “pensamientos” expresados por el enunciado (*como sí aparecía* la premisa mayor entre los pensamientos que enumera Frege en el ejemplo del hielo). La premisa mayor del silogismo está ausente porque la implicación entre categorías es, cuanto menos, dudosa: requeriríamos de una relación entre las propiedades “ser Napoleón”, “darse cuenta de un peligro” y “dirigir personalmente un ataque” que funcionara como una ley general.

La diferencia por lo tanto parece radicar en el grado de *certeza* que ofrece cada una de las premisas mayores posibles: dicha certeza es mayor si lo que se relaciona son *predicados puros*, es decir, vaciados o no saturados del argumento correspondiente al objeto. El ideal de este tipo de análisis es un lenguaje ideográfico en el que se relacionan predicados puros vacíos; y es natural entonces que el primer ejemplo del hielo no presente proble-

mas, ya que se relacionan en él propiedades indiscutibles y que llamaríamos objetivas y cuantificables (la propiedad de tener un *peso* específico y una *densidad* inferior a la del agua). La relación está garantizada por una ley científica.

Pero en cuanto se abandona el terreno seguro de la química, podríamos decir que la máquina de clasificar y relacionar enunciados se atasca, o al menos deja de funcionar adecuadamente: la construcción de la premisa mayor ya no parece ser tan simple. Aparecen constantemente así en el lenguaje natural cuasi-predicados que establecen cuasi-relaciones entre ellos. Esto, sin embargo, *no impide* que un enunciado adquiera pleno sentido: y ese efecto de sentido debe ser de alguna manera explicado por una teoría del sentido *a-la-Frege*. Pero es aquí donde el filósofo austríaco, como hemos visto al comienzo de nuestro trabajo, recurre a la tesis del engaño del lenguaje: “A partir de eso puede percibirse por qué no siempre se pueden reemplazar entre si las oraciones con el mismo valor de verdad. *La oración expresa entonces, en virtud de su conexión con otra, más que por sí sola*” (FREGE, 2017, p. 75).

Lo que debemos entender aquí, dice Pêcheux, es que el efecto de sostén parece pedir la *complicidad* del interlocutor: en tanto efecto de sentido, requiere de una experiencia compartida que debe entenderse como estructuralmente dependiente de la formación discursiva (por ejemplo, el conocimiento compartido sobre la figura de Napoleón). El efecto de sentido debe entenderse en relación a la materialidad que supone la formación discursiva y el interdiscurso, como estructura común que producirá distintos efectos de sentido a partir de la misma frase: el efecto de sostén es así el mecanismo por medio del cual el interdiscurso tiene *efectos*. Pero la conclusión de Frege desplaza este efecto específico del interdiscurso al terreno de la poesía o la ficción; y este es el punto focal donde aparece el obstáculo teórico que gobierna a la filosofía del lenguaje posterior.

## 4. Consideraciones finales: las consecuencias políticas de la ceguera fregueana

A modo de conclusión de este trabajo, señalaremos el alcance que tiene este punto ciego en el origen de la filosofía del lenguaje, y el modo en que introduce el discurso ideológico político en sus desarrollos posteriores. En una sección anterior vimos un pasaje de Pêcheux en el que podríamos encontrar una buena ilustración de cómo reencauzar el problema desde un punto de vista materialista: la observación de que, *desde un punto de vista religioso o moral específico*, la miseria de los últimos días de Kepler resultaba plena de sentido en vista de que había violado los secretos de los astros. Una afirmación de esa clase incluiría una premisa mayor que expresaría dicha implicación entre una y otra propiedad (“morir en la miseria”, “violar los secretos divinos”). La premisa mayor que realizaría la *implicación entre propiedades* y realizaría el *efecto de sostén* en este caso no aparece por ningún lado en el análisis de Frege, que sólo está interesado en la relación formal del pensamiento principal con el sentido de la subordinada.

Es interesante notar ahora que Frege ni siquiera considera el caso de un “castigo divino” como una posibilidad a comentar; en contraste, el ejemplo

del hielo no le produce ninguna complicación; por último, va a reconocer un problema (una “molestia”) con el ejemplo de Napoleón y sus “pensamientos concomitantes”. Pêcheux comenta que este último ejemplo nos introduce fácilmente en una disciplina que no se presta tan fácilmente al juego de predicados puros que busca Frege (como sí se presta la química): el relato histórico o psicológico de las intenciones, motivos y méritos de Napoleón como general. La reacción de Frege frente a este problema es establecer una demarcación entre el lenguaje natural, incapaz de precisar el alcance real de sus predicados, y el lenguaje científico, que requiere de una depuración de ese tipo de predicados (o al menos de la reducción de los predicados problemáticos a otros no ambiguos).

Esta idea será perseguida hasta sus últimas consecuencias por el Círculo de Viena, y por eso Pêcheux afirma que lentamente el punto ciego de Frege irá eclipsando sus avances en términos de la pregunta por la materialidad del sentido, para convertirse en un motivo general idealista de toda la filosofía del lenguaje del siglo XX. La ceguera no es meramente teórica, sino que cumple un rol ideológico-político como el fundamento de una manera general de mirar la política como un juego o un espacio puramente retórico. La “irrealidad” del sentido del lenguaje natural, que permite construir expresiones que pueden “engañar” al pensamiento, se conecta con esa concepción de la política a través de la extensión de esta teoría lingüística a otros campos disciplinarios, como la teoría de la psicología social. Frege afirma así que esta ambigüedad del lenguaje puede derivar fácilmente en un uso político demagógico, ejemplificado por el uso de términos como “la voluntad del pueblo”, cuya referencia es “ambigua”. Pêcheux, atento a los pocos deslices políticos que se permite Frege, afirma entonces:

Aquí se revela, a nuestro entender, el “punto ciego” del pensamiento de Frege, aquello que hemos llamado los límites de su materialismo: lo que plantea aquí Frege es claramente que las expresiones políticas como “el pueblo”, “la voluntad del pueblo”, etc., deben tomarse *cum grano salis*, como él lo dice en otra parte, es decir, afectadas como “Ulises” por *un índice de irrealidad* que les escamotea la estabilidad referencial del objeto y las vuelve un asunto de apreciación individual, lo que es característico de la aprehensión burguesa de la política. Para la ideología burguesa, la política pertenece, como la poesía, al registro de la ficción y el juego. (PÊCHEUX, 2016, pp. 112-113; énfasis nuestro).

En el lenguaje natural, parece querer decir Frege, la aparición de enunciados con predicados dudosos y poco fiables *permite* la manipulación política y habilita a ver en el proyecto de un lenguaje lógicamente ordenado no sólo una solución a la ciencia, sino a la vida del ser humano en sociedad. La tesis del engaño del lenguaje se hace así el fundamento de un programa político de largo alcance; se establece entonces como ideal un lenguaje que hable de lo social sin ambigüedades, cuyo fundamento no es ya la lógica sino su contraparte política, el lenguaje jurídico, que Pêcheux considera una *simulación* del lenguaje lógico y sus procedimientos: “hay una relación de simulación constitutiva entre los operadores jurídicos y los mecanismos de la deducción conceptual, y especialmente entre la sanción jurídica y la consecuencia lógica frente a lo jurídico” (PÊCHEUX, 2016, p. 103). La política aparece así como el terreno de la ficción, de la *retórica*, que debe ser

ordenada a partir de la lógica jurídica.

El diagnóstico pècheutiano sobre Frege no es así una cuestión puramente teórica: el impulso positivo que supone reconocer una dimensión semántica independiente de la pura psicología humana se ve obturado por una tendencia idealista y se desarrolla como un programa que incluye una concepción determinada de la política, típicamente burguesa. Las opciones filosóficas que surgirán el trabajo de Frege, el *empirismo lógico* y el *realismo metafísico*, se desarrollarán a su vez como “destacamentos” de la teoría burguesa de la política cuyo objetivo es ocultar la dinámica real de la lucha de clases, señalando la política como el terreno de lo ficcional (en el primer caso) y contrastándolo con el espacio ideal de predicados puros de una mítica ciencia universal (en el segundo). En ambos casos, el efecto semántico es el de *ocultar el efecto de lo imaginario*, una fórmula que permite, por ejemplo, señalar una “ilusión” detrás de un enunciado sobre “el pueblo de Francia”. Esta eficacia de lo imaginario es lo que Pêcheux quiere enfocar nuevamente, des-obturando el camino de la investigación semántica por medio de conceptos claves como formación ideológica, *formación discursiva e interdiscurso*.

## Agradecimientos

Agradezco a Pedro Karczmarczyk, Claudio Costales y especialmente a Felipe Pereyra Rozas por sus observaciones acerca de este trabajo.

## Bibliografía

BADIOU, A. *El concepto de modelo. Introducción a una epistemología materialista de las matemáticas*. Buenos Aires: La Bestia Equilátera, 2009

CHARADEAU, P; y MAINGUENEAU, D. *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrutu, 2005

FOUCAULT, M. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1982.

FREGE, G. *Escritos lógico-filosóficos*. Buenos Aires: Colihue, 2017

GADET, Françoise; HAK, Tony; MARIANI, Bethania. *Por uma análise automática do discurso: uma introdução à obra de Michel Pêcheux*. Campinas San Pablo: Editora da UNICAMP, 1997

HAROCHE, Claude; HENRY, Paul; PÊCHEUX, Michel “La sémantique et la coupure saussurienne: langue, langage, discours”. *Langages* (24): 93-106, 1971.

HENRY, P. *A Ferramenta imperfeita lingua, sujeito e discurso*. Campinas San Pablo: Editora da UNICAMP, 1992.

MAINGUENEAU, Dominique; CASTRO, Lucila. *Introducción a los métodos de*

*análisis del discurso: problemas y perspectivas.* Buenos Aires: Hachette, 1989.

PÊCHEUX, Michel. *Hacia el análisis automático del discurso.* Madrid: Gredos, 1972

PÊCHEUX, Michel. *Las verdades evidentes: lingüística, semántica, filosofía.* Buenos Aires: Ediciones del CCC Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2016.